

Viaje a la Mentira

Benjamin Amado, Emma Tiraboschi, Danilo Tomasi y Florencia Vazquez

Yo creía que el éxito lo era todo, pero tarde o temprano la verdad termina ganando, no importa cuán destruido te deje, siempre gana.

Todo comenzó en una fatídica tarde donde nuevamente volví a fracasar en mi camino hacia la gloria, mis intentos científicos habían fracasado, o no le habían dado el reconocimiento necesario.

Para esos tiempos estaba trabajando en un modelo de tabla periódica, pero algo me faltaba, ningún elemento encajaba con otro. Fueron meses de estrés, y tiempo perdido, hasta que una mañana Sir Conrad me informó de una exposición científica privada a la que me habían invitado. Buscaban ideas novedosas.

Mi teoría de la organización de la tabla estaba a medio hacer. Tenía la idea de que convivir por una tarde con puros científicos me iba a inspirar y, de alguna forma, motivarme, para que finalmente pudiera cumplir mi sueño de convertirme en el científico del siglo.

Llegó el día del evento. Realmente era una exposición grandiosa con la más alta tecnología y los científicos más prestigiosos. Éramos pocos los novatos pero yo sentía que ese día me volvería importante.

Pero pasó todo lo contrario. A nadie le interesó mi teoría, excepto a un hombre barbudo, llamado Mendeleiev, con quién por casualidad, trabajábamos en lo mismo. Él tenía una idea interesante, me habló sobre su proyecto, y me dio algunos consejos. En ese momento me di cuenta de que mi trabajo nunca iba a prosperar, y que la única forma era robarle a alguien más, y esa era mi oportunidad perfecta.

Por unas semanas estuve ideando un plan, el plan perfecto. Creé una máquina que era capaz de dormir a alguien con solo presionar un botón. Este expulsara unas ondas que afectarían al Sistema Activador Reticular del cerebro, que controlaría el sueño.

Finalmente lo llevé a cabo. Fui a su casa y me dejó entrar; cuando estaba distraído saqué mi máquina (del tamaño de una pluma) y lo adormecí. El efecto solo duraba 30 minutos. Bajé a su laboratorio, que en realidad era un sótano, copié sus notas y huí. Así fue por varias noches de cenas eternas. Después de años de robos, justo antes que él lo publicara, lo hice yo, tenía para tener el crédito primero.

Estuve dos años dando conferencias, entrevistas, etc. Era conocido en todo el mundo. Los periódicos escribían sobre mí constantemente. En una de mis charlas en una universidad local, conocí a un estudiante de química amateur. Su nombre era Medit Dimini Leever, un hombre pelado y sin barba, que supuestamente era un admirador mío. Vi potencial en él y como buscaba un asistente decidí ponerlo un mes a prueba. Durante ese período él me confesó muchas cosas, como que le tenía un gran rencor a Mendeleiev, algo que teníamos en común, y logró que poco a poco confiara completamente en él.

Tenía en mente un proyecto de crear una inyección capaz de extraer e insertar neuronas. Algo nunca visto en el campo de la ciencia, y esta vez era *mi* idea.

Durante los últimos 4 años estuve trabajando con el Dr. Leever, en la extracción de estas a los pacientes en coma terminal.

Luego de utilizar varios sujetos de prueba, 'animales', finalmente encontramos la solución correcta. La vacuna estaba lista al igual que yo. A mediados de 1889 me la inyectó. Durante los siguientes meses comencé a sentirme mal. Supuse que eran las neuronas que habían reaccionado mal. En marzo caí en cama, lo que no sabía aún era que me quedaba un mes de vida.

Ese día, 5 de abril, me visitó el doctor, y me dijo:

-Lo lamento, pero tienes cáncer.-

No sabía cómo reaccionar. Esa semana empeoré. Mi asistente me atendió hasta mi último día.

Una semana después de que me diagnosticaron, el 12 de abril, pude sentir cuál iba a ser mi destino. Leever me trajo un vaso de agua, realmente tenía la garganta seca. Mientras la bebía, empezó actuar extraño hasta que me dijo con voz siniestra:

-Sabes Meyer, eres astuto, pero no lo suficiente. Lograste hacer lo imposible, pero al final del día sigues siendo un farsante. No descubriste mi identidad, ni mis planes como tu asistente. Después de todo, yo logré ponerte en esa cama, débil como una flor. Unas gotas de veneno en la inyección bastaron para destruirte, y aun así nunca descubriste quién soy yo, tu mayor enemigo, Mendeleiev-

Y en ese momento cerré mis ojos, para nunca más volver a abrirlos.

Y ahora es cuando dejo de escribir, el momento donde mis ojos se hacen pesados, ya al punto de no sentirlos...